

Predicación Domingo 10/08/25

Efesios 1.5-6

Hermanos amados, hoy quiero que volvamos juntos a Efesios 1:3-6 y que lo leamos no como una fórmula teológica lejana, sino como la respiración misma de la vida cristiana. Pablo no escribe un tratado frío, levanta un himno. Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, porque nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo. Así comienza el cántico, y desde ahí todo se ordena. La elección de Dios no fue un parche tardío sobre nuestro pecado sino un decreto anterior a la creación, un designio que nos alcanzó cuando ni siquiera existíamos, cuando nuestros padres no pensaban en nosotros, cuando nuestra voluntad no podía decidir nada. Él nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo con un propósito definido, presentarnos santos y sin mancha delante de Él. Por eso la santificación no es un peso legalista, no es la lista incómoda de los que se portan bien, es la flor de un amor eterno que transforma a la esposa para presentarla gloriosa ante su Señor. Si la pensamos como carga, es porque el mundo nos robó el gozo del lenguaje bíblico. Pablo canta la santidad como privilegio, no como obstáculo, y nos invita a sentir el adelanto de aquella gloria cuando veamos a Cristo cara a cara, transformación total, experiencia inigualable que hará palidecer las escenas más sublimes que hemos vivido en esta tierra.

Y en medio de ese himno aparece una frase que conviene entender con cuidado: en amor. Algunos la colocan como la motivación de la elección, como si Pablo dijera que Dios nos escogió en amor, pero la cadencia y el patrón literario de la doxología muestran otra cosa, que en amor califica la meta de ser santos y sin mancha. No negamos que Dios ama cuando elige, afirmamos lo que el texto subraya aquí, que la santidad y la irreprehensibilidad que Él produce están llenas de amor, nacen de su ternura, no de un rigor mecánico. La santificación es amor actuando, es cuidado paterno, es cercanía. Leída así, deja de ser un deber árido y se vuelve adoración, porque nuestro Dios no solo ordena, Él embellece.

Pero Pablo no se detiene, y aquí el corazón se nos ensancha. Habiéndonos elegido, nos predestinó para adopción como hijos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad. No bastó con rescatarnos del pecado, que ya sería demasiado para nosotros, sino que además nos dio apellido, mesa, herencia. El Nuevo Testamento no enseña la paternidad universal salvífica de Dios ni la fraternidad universal espiritual de los hombres; esa fue una idea seductora en ciertos estudios de religiones comparadas, pero no es la voz de los apóstoles. La Escritura distingue con claridad entre ser criaturas de Dios y ser hijos de Dios. Juan lo proclama con asombro: mirad cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios, y lo somos. No nacimos hijos por sangre ni por voluntad de carne, nacimos de Dios, fuimos hechos hijos por una obra soberana de gracia que nos traslada de la paternidad del diablo a la familia del Padre.

Piensa la adopción no como un trámite frío, sino como una promesa escrita en el alma. La imagen humana nos ayuda: alguien te mira cuando no tenías méritos, te nombra, te guarda, te dice no estarás solo nunca más. Eso, llevado a su plenitud, es nuestra adopción en Cristo. Y aquí Cristo no es solo el canal, es el Mediador vivo cuya obra hace posible la filiación. Él, el

Hijo unigénito, introduce hijos adoptivos en la casa, de manera que por el Espíritu clamamos Abba, Padre. Romanos 8 nos devuelve ese clamor, no de esclavos temerosos sino de hijos guiados por el Espíritu, y añade un peso de gloria: si hijos, también herederos, coherederos con Cristo, camino de sufrimiento y de gloria, sello de pertenencia verdadera.

Reparemos en la fuerza teológica del versículo. El sujeto de la acción es Dios, la acción es la predestinación, el objeto somos nosotros los creyentes, el propósito es la adopción, el medio es Jesucristo, el término final es llevarnos al Padre, y la norma que regula todo es el beneplácito de su voluntad. Aquí descansa la certeza del creyente: no en la veleidad de su respuesta, sino en la libertad soberana de Dios que se complace en amar eficazmente. Nada externo lo obliga, ni siquiera una fe prevista que lo condicione, porque entonces se anularía el carácter de elección. La doxología insiste en el origen: pura gracia, pura voluntad santa, puro deleite divino.

Y así llegamos al cierre de esta primera estrofa trinitaria, porque del 3 al 6 Pablo exalta la obra del Padre, del 7 al 12 cantará la del Hijo, y del 13 al 14 la del Espíritu. El telón de fondo de todo es un fin: para alabanza de la gloria de su gracia. No es solo dirección, es meta. La elección, la predestinación y la adopción convergen en el mismo punto, que la Iglesia adore. Cuando la cruz de Cristo ocupa el centro del corazón, cambian las escalas, pierden poder las cadenas viejas, Cristo lo es todo. Y si eso no ha acontecido, debemos examinarnos, no con ansiedad estéril, sino a la luz del evangelio que libera y coloca a Cristo en el trono de nuestras afecciones. La gracia no es una energía que nos hace agradables a nosotros mismos, es el favor soberano que nos une a Cristo y nos abre todas las bendiciones espirituales en Él. Por eso el texto transiciona naturalmente del Padre al Hijo, llamándolo el Amado, el lugar y la persona donde la gracia es derramada.

Quiero, entonces, hablarles como a los que asistieron y a los que no pudieron estar. Si estuviste, vuelve a saborear el gozo de saberte escogido para ser santo y sin mancha, y no dejes que el mundo te robe ese lenguaje hermoso. Trabaja en tu santificación como quien abre con prisa un regalo de amor, porque eso es, amor actuando en ti. Si no estuviste, escucha el pulso de la doxología: no te ofrecen una moral más, te llaman a una mesa familiar. Dios no solo te saca del pozo, te sienta en su casa como hijo, por Cristo, con nombre nuevo y herencia segura. Y a todos, los animo a que se pregunten si el fin de sus decisiones, de sus dones, de su ministerio, es realmente la alabanza de la gloria de su gracia. No reduzcas la salvación a la suma de beneficios personales; su fin es teocéntrico. Dios quiso hijos que lo alaben, una familia que cante su gracia para siempre.

Que esta palabra despierte gratitud concreta. No pospongas la obediencia amorosa. Si fuiste adoptado, clama Abba en la prueba, pelea contra el pecado no por culpa sino por identidad, mira la cruz para ver la gloria que Moisés anheló, y di con el apóstol, bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Y si hoy te descubres ajeno a este gozo, no rehúyas la pregunta, ven a Cristo, porque solo en Él la gracia se vuelve tuya y la casa del Padre se abre. La doxología no es un lujo de eruditos, es el latido normal de un corazón que ha sido encontrado, amado y renombrado. Que el Señor nos conceda vivir así, para la alabanza de la gloria de su gracia, en Cristo, el Amado. Amén.